

LA UNIVERSIDAD DEL LITORAL Y LA INTERVENCION DE 1943 (*)

Con este acto culmina el proceso del reintegro de la Universidad a autoridades surgidas conforme al imperio de las normas estatutarias.

La Universidad del Litoral se apresta a renudar su senda de trabajo intensivo y silencioso, persistente y constructivo, en demanda de un perfeccionamiento ininterrumpido en el orden docente y científico, así como a continuar siendo celosa defensora de los preceptos constitucionales y hogar donde se practican y expanden los sentimientos patrios más puros.

En este instante crítico que vivimos, es oportuno recordar sumariamente las alternativas de nuestra vida universitaria. Nacida como resultante de empeñoso esfuerzo y patriótico anhelo, la Universidad del Litoral debió, en sus primeros años, afrontar las consecuencias de la improvisación de sus cuadros docentes, la intemperancia de sus enemigos de dentro y de fuera, la exacerbación de pasiones no siempre orientadas por una finalidad superior, y el encono no disimulado de quienes le atribuían un matiz partidario en el orden político nacional, o le imputaban ser fruto de la reforma universitaria cuya directiva repudiaban.

(*) Discurso pronunciado por el vicerrector de la Universidad, ingeniero Cortés Plá, al poner en posesión del cargo al rector electo, doctor Josué Gollan (h.), ceremonia realizada en el paraninfo el día 7 de abril de 1945.

El denodado esfuerzo de muchos de sus integrantes fué capaz de sortear escollos y lograr que, paulatinamente, afianzara la eficacia de su acción y justificara la razón de ser de su existencia.

Durante este penoso período — muchas veces inevitable en todo organismo nuevo — las imperfecciones de la primera hora se fueron eliminando o aminorando, iniciándose un ascenso, gradualmente más perceptible, en el mejoramiento de la enseñanza impartida. Sus profesionales fueron aptos para competir, sin desmedro, frente a los egresados de las viejas universidades. Indicios aislados, acusaban una cierta tendencia a la investigación científica. Mientras esa etapa se iba cumpliendo con fervor, una nueva intervención nacional, decretada en 1934, interrumpió la marcha, felizmente durante un lapso relativamente breve.

Al recuperar su autarquía, con renovados bríos, se empezó por limar las asperezas, desconfianzas y recelos, que como saldo dejara la intervención. Comienza, entonces, una etapa donde la jerarquía gravita por la calidad de los hechos, de la obra individual y colectiva de autoridades y profesores, y no por imperio de una rígida disciplina que podrá enervar, transitoriamente, lo que luego serán inevitables conflictos, pero que opone una resistencia pasiva, un estado de recíproca desconfianza, que es escollo grande en el cumplimiento de una labor honda y perdurable.

La serena actitud de las autoridades y catedráticos atraído — como era de prever —, la simpatía estudiantil, y en un ambiente de trabajo intensísimo, de libre discusión, de respeto mutuo por las ideas ajenas, surgió, luego de varias jornadas de labor común, el estatuto que actualmente rige nuestra Universidad, que el malogrado ex Presidente de la Universidad de La Plata Ing^o Julio R. Castiñeiras, calificara, en 1939, de “valioso documento universitario por la exposición doctrinaria que en él se hace y por el cuidado con que han sido reglamentados los detalles del funcionamiento de la universidad”. Y más adelante, concretando su juicio, afirmaba

que desde la vigencia del nuevo estatuto nuestra universidad había “entrado en un período de trabajo ordenado, intenso y fecundo”.

Los hechos, con su elocuencia indiscutible, ratificaron ese juicio. La enseñanza se perfeccionó, no solamente por el esfuerzo de los profesores, sino también por la adquisición de máquinas, instrumentos, aparatos, libros, revistas, etc. que permitían impartir una instrucción más adecuada.

Empezaron a aparecer publicaciones de carácter general y especializado, donde tenían cabida el fruto de la meditación y el estudio de los hombres que integran la universidad. Paralelamente, las revistas de carácter técnico editadas por los centros de estudiantes salieron con cierta regularidad, contribuyendo a crear una atmósfera favorable al estudio.

La investigación científica se vio estimulada con la creación de nuevos institutos y seminarios, y su producción, excediendo la frontera patria, difundió el nombre de la Universidad del Litoral en los ambientes científicos y universitarios del mundo.

La obra de investigación y de docencia proseguía con ritmo acelerado en busca de una mayor eficacia y rendimiento.

Al margen, sin despreocuparse por la misión social que la Universidad debe cumplir, acreció la actividad vinculada a la extensión universitaria, tanto mediante la realización de ciclos de conferencias sobre tópicos especializados a cargo de prestigiosos maestros nacionales y extranjeros, como en el desarrollo de temas de cultura general, conciertos, audiciones comentadas, etc., que principalmente fueron organizadas por el Instituto Social y los centros estudiantiles. Y como si no bastara toda esa actividad, la universidad llegaba directamente al pueblo, manteniendo las universidades populares de Rosario y Santa Fe, donde más de un centenar de cursos se dedicaban a satisfacer las más variadas necesidades y deseos de todos aquellos que ansiaban adquirir algún conocimiento técnico o práctico para el oficio o empleo que era su medio de vida.

Pero la Universidad del Litoral concebía que si su misión

específica, en sentido restringido, abarca el plano docente, de investigación y de exclaustación someramente expuesto, tenía como órgano de la enseñanza superior una misión irrenunciable, máxime en momentos en que los valores morales naufragaban ante el apetito del poder, o el afán de acumular, sin reparar en medios, las mayores ventajas de orden material. Fué entonces que la autorizada palabra de su Rector se levantó para condenar el fraude y el peculado y señalar los peligros que política tan deleznable tenía para la formación de la conciencia nacional.

Cuando tras un mentido nacionalismo, enceguecido por el espejismo de doctrinas de corte dictatorial, paradójicamente en auge, un grupo de hombres empezó a proclamar las ventajas hipotéticas del totalitarismo, pretendió revisar la historia patria para reivindicar la memoria de la tiranía rosista y, mancomunando sus esfuerzos con una milicia clerical fanatizada, generaba la discordia en la familia argentina, traía a nuestra tierra odios raciales y sectarios, execraba la obra progresista y liberal de nuestros grandes próceres, como Moreno y Rivadavia, Alberdi y Sarmiento, Mitre y Urquiza, la Universidad del Litoral siguiendo la genuina trayectoria de la Revolución de Mayo —auténtico fruto del sentimiento popular—, de los congresales de Tucumán y de los constituyentes del 53, apareció nuevamente ante la opinión nacional para difundir, comentar, interpretar y defender los principios orientadores de nuestra Constitución, justificando, al propio tiempo, la invariable tradición democrática y liberal de nuestra patria.

Frente a un hispanismo que, cubriéndose con el ropaje de un amor a la madre patria, pretendía inclinarnos hacia el falanjesmo, opusimos el sentir de argentinidad que ni excluye nuestra admiración por la España inmortal, ni subalterniza la acción tras propósitos inconfesables.

Fué, así, la Universidad del Litoral tribuna de defensa de las normas democráticas y liberales que están profundamente enraizadas en el alma de nuestro pueblo, cáte-

dra de civismo, ejemplo de lo que es capaz el esfuerzo mancomunado de todos sus integrantes: autoridades, profesores y alumnos. Fué su palabra rectora de la opinión pública e intérprete fiel del sentir y pensar argentino. Fué, en fin, ejemplo y estímulo, tanto por su prédica como por su obra.

Sabía nuestra Universidad que, al proceder así, levantaba el odio irrefrenable de quienes sentían vulneradas sus ansias de predominio. Convencidos de servir los más sagrados deberes para con la patria, proseguimos en esa senda con la serena tranquilidad que proporciona el luchar no por nosotros mismos, sino por lo que se interpreta como el más sagrado e irrenunciable interés nacional.

Mientras, en la sombra, arteramente, se unían las fuerzas regresivas que ambicionaban destruir, de una vez por todas, la esencia de nuestra Universidad democrática, reformista y liberal.

Llegó así el 28 de julio de 1943 y la más nefasta de las intervenciones que hayan sido enviadas a la universidad argentina, se adueñó de nuestra casa no ocultando la intensidad de su odio, ni el desmedido deseo de aniquilar la obra cumplida. Vano intento. Después de una serie ininterrumpida de desaciertos, de verdaderas atrocidades cometidas en nombre de una moral no sentida ni practicada, de pretender imponer un concepto universitario que implicaba el retorno a la escolástica en su exacerbación más intolerante; luego de manchar la honra de hombres que como Augusto Morisot pudieron haberles servido de ejemplo de dignidad y trabajo, y de injuriar la labor cumplida por todas las universidades argentinas en varios decenios, la pretendida intervención reparadora cayó estrepitosamente subrayando el más ruidoso de los fracasos en su intento de probar cargos tan arbitrarios e infamantes, como gratuitos e interesados.

No exagero si afirmo que el balance de esa intervención y las que le siguieron —excluyendo por su orientación la del doctor Dana Montañó y la última encargada de presidir las elecciones que restaurarían nuestra vida normal—, traduce

la confesión más rotunda de la inexactitud de los agraviantes conceptos emitidos al dictarse el decreto de intervención, y, en cambio, subraya que la gestión anterior se inspiró en los más nobles ideales de perfeccionamiento dentro de un marco de acrisolada honestidad.

Juicio que, repito, no es ni exagerado ni arbitrario, ya que de haberse podido probar o concretar el más insignificante cargo, quienes procedían por reacciones temperamentales y no siempre equilibradas, no habrían dejado de lado la oportunidad de hacer público algo que pudiera menoscabar el prestigio y la dignidad de los universitarios del litoral.

Ese es, también, el juicio que se infiere del desarrollo y resultado de los comicios recientes. Las reelecciones, por voluntad unánime, de casi todos los decanos y consejeros separados al intervenir la Universidad, solo pueden explicarse como la forma encontrada por profesores y alumnos para ratificar una confianza anteriormente depositada y expresar su ferviente anhelo de que la obra interrumpida en estos últimos veinte meses, prosiga con remozada energía y más firme decisión.

Y esa expresión de sentimientos acaba de ser ratificada por la Asamblea Universitaria al reelegir, por unanimidad, Rector a Josué Gollan, el maestro que con tanto tacto, serenidad y valentía, supo en su gestión rectoral, llevar a nuestra Universidad al plano privilegiado que ocupa en la conciencia nacional.

Señores :

Era ya costumbre entre nosotros, inaugurar oficialmente los cursos de la Universidad con un acto donde, apartándonos de los temas corrientes enfocados en la enseñanza o investigación de las distintas disciplinas cultivadas en esta casa, se brindara la lección magistral que marcaba rumbos o incitaba a la meditación.

He creído indicado vincular ese acto con la entrega de la Universidad al nuevo Rector, para dar así la ceremonia,

el ambiente que en esta oportunidad no podía faltar por cuanto sugiere como reafirmación de ideas y propósitos de trabajo.

Señor Rector:

Es para mí honor y placer enorme el poneros en posesión del rectorado de la Universidad del Litoral. Para cumplir con nuestra norma, será vuestro discurso la clase magistral de este año. Que vuestra acción y vuestra palabra prosigan orientando la nuestra.

Señores profesores, señores estudiantes; señoras y señores:

Ratificando nuestros ideales públicamente confesados y con la directiva que el señor Rector esbozará en su disertación, declaramos inaugurados los cursos de 1945 y nos comprometemos a entregar a nuestra Universidad lo mejor de nosotros mismos, puesto el pensamiento y la acción en el supremo interés de la patria, para contribuir así a su jerarquización, progreso y bienestar.

CORTES PLA
